

— Puede Vuestra Majestad estar tranquilo, le contestaba, pues tengo la particularidad de olvidar todo lo que se trata en cifra y un minuto después de haberlo leído ó escrito, no recuerdo ya una sola palabra.

## CAPÍTULO VII

Cumpleaños del Emperador. — Fiestas y recepciones. — Primer baile en Palacio. — Lujo de la corte. — La presentación de los invitados. — La cuadrilla de honor. — Los lunes de la Emperatriz. — Críticas del baile. — Chispeantes conversaciones de sobremesa. — Las aventuras galantes de la corte. — Algunas anécdotas ingeniosas del Emperador. — Banquete en honor del Embajador de Portugal. — Coleadero en Chapultepec.

1-86 El día seis de julio era el cumpleaños de Maximiliano; habiendo nacido el 6 de julio de 1832, cumplía entonces 33 años, siendo el segundo aniversario de su nacimiento que pasaba en México..

Su padre, el Emperador de Austria, Francisco Carlos José, había renunciado la corona en su hijo primogénito, Francisco José, el día dos de diciembre de 1848; vivía aun, así como su madre la archiduquesa Sofía. Tanto el Emperador de Austria, como la archiduquesa habían felicitado á su augusto hijo á su debido tiempo, en una larga y cariñosa carta.

Deseando Su Majestad pasar ese día con toda li-

bertad y lejos de las exigencias de la corte, quedóse todo el día en Chapultepec, recomendando á la Emperatriz que viniera ella á México á recibir las felicitaciones al Palacio.

Así se hizo, y fué la Emperatriz quien en las primeras horas de la mañana, ricamente vestida de seda blanca y portando sobre su frente la diadema de Soberana y en sus hombros el manto imperial, se dirigió á la catedral en el espléndido carruaje de gala, tirado por ocho briosos y arrogantes caballos con penachos de plumas y gualdrapas de terciopelo carmesí y oro. Cada tronco iba conducido por dos palafreneros, que vestían la rica librea de los días de fiesta y que era roja y oro.

La rica carroza iba precedida, según lo prescribía el ceremonial de la corte, por el gran maestre de ceremonias, por sus secretarios y por los chambelanes del Palacio, los ministros, los ayudantes, los demás chambelanes, los caballerizos, el gran mariscal de la corte y el intendente de la lista civil, todos de gran uniforme.

Á la portezuela derecha del carruaje que conducía á la Emperatriz caminaba á pie su gran chambelán, y á la portezuela izquierda el conde de Bombelles, capitán de la guardia palatina.

Seguían á la carroza de honor, las damas de Palacio y las damas de honor.

Los soldados de la guardia palatina, con los deslumbradores uniformes que en capítulos anteriores he

mencionado, formaban la valla desde la puerta principal del Palacio imperial, hasta la entrada de la catedral.



El conde de Bombelles.

Al llegar la Emperatriz Carlota, á la puerta de nuestra basílica, fué recibida bajo de palio, por el Arzobispo

de México y por el alto clero, y conducida, bajo de palió, igualmente, hasta el trono que para ella se había preparado á un lado del altar mayor. Inmediatamente comenzó á cantarse el *Te Deum* y el *Domine, salvam fac*, acompañados los cantantes por una magnífica orquesta, cuyos armoniosos acordes se perdían bajo las bóvedas de la catedral entre los millares de cirios que en doradas arañas, llenaban de esplendorosa claridad las naves del templo.

Cuando la ceremonia religiosa hubo terminado, volvió la comitiva al Palacio, entre los gritos de admiración de la multitud que jamás había presenciado en México tanto lujo ni tanta belleza, en ceremonias oficiales.

Salió Su Majestad la Emperatriz al balcón, para presenciar el desfile de las tropas de la guarnición, que se efectuó entre el estruendo de la artillería y el repique á vuelo de todas las campanas de la catedral. Después del desfile, recibió Carlota en el vasto salón de Embajadores las felicitaciones de los grandes dignatarios de la corte, de los miembros del cuerpo diplomático, de los ministros, de los generales, etc., y fatigada, después de algunas horas, se retiró á sus habitaciones para cambiar de traje y en carruaje cerrado, dirigirse á Chapultepec y comer con el Emperador.

En las primeras horas de la noche volvió á México para presenciar los fuegos artificiales y para escuchar la magnífica serenata que las bandas austriacas y mexicanas habían organizado en honor de Maximiliano.

Fueron los fuegos artificiales, una verdadera sorpresa para todos los habitantes de la capital, pues contruidos por habilísimos pirotécnicos franceses representaban piezas muy vistosas, sobresaliendo especialmente una que representaba el castillo de Miramar y que al decir de los austriacos que se encontraban en los balcones del Palacio, era verdadera, exacta y perfecta reproducción de aquel regio alcázar, que Maximiliano no volvería á ver jamás.

Después de los brillantísimos fuegos de artificio, desfiló por la plaza para llegar hasta la puerta principal del Palacio, una procesión formada por las damas más hermosas y más distinguidas de la sociedad mexicana. Esta procesión pasaba por enmedio de una valla formada por los caballeros más prominentes de la ciudad, y cada una de las damas que la componían llevaba en la mano derecha un grueso cirio encendido.

Cuando llegaron á la puerta de Palacio, subió por la escalera de honor, una comisión, para presentar sus felicitaciones á la Soberana que se hallaba en el salón de Embajadores.

Carlota, con su acostumbrada amabilidad recibió á la comisión y á todas las damas que la componían, les dirigió frases muy halagadoras para manifestarles su agradecimiento y las obsequió con dulces y champaña.

Entretanto, desde las ocho de la noche, enmedio del más profundo silencio rodeado por centinelas y por los seculares ahuehuetes del bosque, dormía tranquilamente el Emperador.

Pasada esa fiesta, siguiéronse muy pocos días de calma, pues la noche del día diez del mismo julio, se dió en el Palacio el primero de los muy suntuosos bailes de los que la Corte imperial ofrecía á la ciudad de México.

Distribuyéronse las invitaciones con bastante anticipación, habiendo sido muy disputadas, pues como todas las familias que tenían algunos bienes de fortuna ó una mediana posición social, querían concurrir al baile, fué necesario hacer una selección, porque eran numerosísimas las solicitudes que se hacían para ser invitado.

Pocas veces recordaba el comercio de México, haber visto circular tanto dinero y ver tanto movimiento de sastres, modistas, peluqueros, perfumistas y demás comerciantes que proporcionan todo lo necesario para semejantes fiestas.

Llegó por fin el ansiado diez de julio, y desde la avenida de Plateros hasta la puerta principal de Palacio se formó una valla de tropa, que ya á las siete de la noche, estaba perfectamente extendida por todo el trayecto que tenían que recorrer los carruajes antes de llegar á Palacio.

Á la hora que ya la valla estuvo lista, comenzó á permitirse el paso de los elegantes carruajes, que llevaban á las bellísimas damas y á los caballeros que habían de tomar parte en la gran fiesta imperial.

Los carruajes penetraban por la puerta central y se detenían frente á la escalera principal, magníficamente

iluminada y tapizada; allí los chambelanes, recibían á las damas y las conducían al guardarropa, para después llevarlas al gran salón de Embajadores, que era el que se había destinado para los bailes y las recepciones.

La servidumbre del Palacio á su vez, estaba encargada de llevar á los caballeros al guardarropa de los señores.

Los carruajes, tan luego como dejaban frente la escalera á los invitados; seguían en buen orden hasta el patio de honor por cuya puerta salían para esperar en la plaza hasta que terminara la fiesta.

En punto de las ocho de la noche se presentaron los Soberanos en el salón llamado de Iturbide, donde ya los esperaban el mariscal Bazaine, los ministros y las esposas de estos funcionarios. En el mismo salón se encontraban los extranjeros invitados al baile, y que en aquel lugar eran presentados á Su Majestad por los ministros de su país á la usanza de las cortes europeas.

Terminada la presentación de los extranjeros, pasaban los Soberanos al gran salón del baile, donde estaban los mexicanos, y los extranjeros ya conocidos del Emperador.

En este salón formaban valla, las damas al frente, y tras de ellas los caballeros.

El gran maestro de ceremonias, iba presentando á cada uno de los invitados y SS. MM., después de saludarlos afectuosamente les dirigían alguna frase amable.

En el fondo del salón, se había levantado un dosel de terciopelo rojo rematado por una corona imperial; bajo ese dosel se colocaban los sillones donde Sus Majestades tomaban asiento. Á ambos lados del dosel, dos guardias palatinos, apoyados sobre sus relucientes alabardas é inmóviles, como dos estatuas, hacían guardia á los Soberanos; además, de trecho en trecho desde la escalera hasta el trono, los soldados de esa distinguida guardia colocados á muy cortas distancias presentaban sus alabardas y lucían sus vistosos uniformes.

El baile comenzó con la cuadrilla de honor, que ejecutó la orquesta cuando, después de dar el Emperador su venia, ésta fué transmitida á los músicos por conducto del maestro de ceremonias; las cabeceras de la cuadrilla estaban formadas por el Emperador y por la mariscal Bazaine, por el mariscal Bazaine y por la Emperatriz.

Los secretarios de las ceremonias, habianse encargado de antemano de formar las parejas laterales con las damas de honor y los ministros extranjeros.

Maximiliano lucía aquella noche, sobre la blanca inmaculada de su camisa, la banda de la orden del Águila mexicana; la Emperatriz llevaba un traje de seda amarillo, y sus ricas joyas hacían realzar más su distinción y su hermosura. El broche riquísimo que llevaba al cuello representaba unas hojas de plantas acuáticas, formadas por esmeraldas y sobre ellas, gruesos brillantes figuraban gotas de rocío. Al pecho, llevaba cruzada la banda

de la orden de San Carlos. Terminada la cuadrilla de honor, siguió el baile en todo su apogeo, mientras la Emperatriz platicaba con la mariscal Bazaine y sus damas de honor, y Maximiliano se paseaba por entre los grupos de concurrentes y daba conversación por algunos minutos á cada grupo.

Nunca, ninguno de los que allí se encontraban, hasta caballeros de más de cincuenta años de edad, recordaba haber visto lujo semejante, ni haber asistido á fiesta igual.

El aspecto del salón era más bien el de uno de esos palacios encantados de los cuentos árabes. Los colosales espejos que decoraban las paredes, iluminados por los millares de bujías que inundaban con claridad esplendorosa el salón, reproducían hasta el infinito y como en una visión de ensueño, los centenares de parejas, las damas ricamente alhajadas, las jóvenes hermosísimas vestidas con trajes vaporosos y los uniformes de los generales del ejército ó de los altos dignatarios de la corte.

Los secretarios de las ceremonias anunciaron á las once de la noche la cena.

En un salón de medianas dimensiones, se sirvió la mesa de honor, á la que se sentaron los Soberanos, los ministros extranjeros, los demás miembros del cuerpo diplomático y los oficiales de alta graduación en el ejército.

En el gran comedor, se sirvió la cena para los demás invitados, compuesta de exquisitos manjares y de ricos

vinos; entre estos la famosa Champaña rosa muy de moda entonces, muy cara y que en la época del imperio, se importaba de Europa especialmente para las bodegas de la casa imperial.

Á la una de la noche, los secretarios de las ceremonias anunciaron que Sus Majestades se retiraban del salón; entonces todos los invitados volvieron á formar valla en la misma forma que al principio del baile y pasando los Soberanos por enmedio de la valla, se despidieron galantemente de la concurrencia.

Al retirarse éstos, se dió por terminado el baile, con gran sentimiento de los jóvenes que deseaban bailar hasta que despuntara el día.

Antes de entregar sus abrigos á los invitados que se retiraban, los criados presentaban en ricas bandejas, vasos de ponches y de vinos calientes, mientras los que se encontraban al pie de la escalera gritaban el nombre de la familia que se retiraba, para que su carruaje viniera á colocarse en el mismo lugar donde la había dejado al entrar.

Siguiéronse otros varios bailes como el que acabo de describir, sin que hubiera variación alguna en ellos en el ceremonial, y sin más modificaciones que algunas noches se alternaba la orquesta con la espléndida banda militar austriaca, que dirigía el renombrado músico vienés Saverthal. En los demás bailes, Sus Majestades accedieron á que terminaran á las tres de la madrugada, retirándose ellos á la hora que Maximiliano se sentía ya un poco fatigado.

No quiero pasar adelante, en esta relación de mis recuerdos, sin mencionar antes un incidente chuscó á la vez que bochornoso para algunas familias de las que concurrieron al primer baile y que fué una magnífica lección pues no volvió á repetirse en las demás fiestas.

Siguiendo la mala costumbre social mexicana de llegar al teatro á la mitad del espectáculo y á los bailes cuando ya éstos llevan dos ó tres horas de haber comenzado, esa noche del primer baile, varias familias mexicanas llegaron después de las ocho de la noche, hora que se mencionaba en las invitaciones que comenzaría la fiesta.

Á las familias que llegaron después de la hora citada, los criados les decían con mucha corrección, que el ceremonial de la corte prescribía que nadie debía entrar á los salones después de los Soberanos, que por ese motivo se mencionaba en las invitaciones la hora, y que por lo tanto, tenían el profundo sentimiento de manifestar que no podía permitirseles el paso al salón.

Ya deben imaginarse mis lectores, la gran contrariedad y el inmenso disgusto que esto causaría entre las familias no aceptadas al baile; pero como antes dije, fué una magnífica y muy provechosa lección de urbanidad, pues no volvió nunca á repetirse el caso mencionado.

El Emperador, asistía con verdadero disgusto á estos bailes, pues solo lo hacía por cumplir con la etiqueta,

porque su mayor placer, después de las labores diarias, era dormir sus ocho horas seguidas, en medio de la tranquilidad y el silencio del bosque que rodeaba su habitación en el Alcázar de Chapultepec.

Los días siguientes á las noches de baile, el acuerdo se celebraba á las ocho de la mañana, cosa que trastornaba todos los planes del Soberano; así pues, para conciliarlo todo habló detenidamente con la Emperatriz y de común acuerdo convinieron en que para ir conociendo poco á poco á la buena sociedad mexicana, la Emperatriz, recibiría semanariamente en Palacio y que á esas recepciones no asistiría el Emperador, por lo que estas recepciones se llamaron los lunes de la Emperatriz. Á mí se me permitía asistir á esos lunes y entonces tenía el Emperador la deferencia de no llamarme á las cuatro sino á las seis de la mañana.

Como las tertulias de los lunes, terminaban precisamente á la media noche yo tenía seis horas justas para descansar de la fatiga del baile.

Los días siguientes á las noches de baile, se hacían los comentarios después de la comida.

Maximiliano que era un profundo observador, no dejaba de fijarse en todo; en los trajes de las damas, en la cómica gravedad de algunos caballeros ya mayores, de quienes decía que deberían estar mejor durmiendo tranquilamente que desvelándose sin provecho alguno.

Pero cuando tenían verdadero interés los comentarios, era cuando se quedaba el Emperador con las per-

sonas de su mayor confianza en el salón de fumar, en tonces eran las sátiras y las observaciones maliciosas y más picantes.

Había un apuesto militar, joven y guapo que estaba casado con una anciana que hubiera podido ser madre suya, por la edad tan avanzada que respecto á él tenía. Cuando el Emperador supo que aquella anciana era la esposa del guapo oficial, quedóse asombrado y decía que no sabía cómo había podido casarse con aquella momia egipcia que bajo riquísimas bandeletas ocultaba su cuerpo compuesto de huesos y pergamino.

De otro oficial apuesto y joven, que estaba casado con una señora de la que tenía ya doce hijos, decía que aprovechaba bien su tiempo, pues ambos esposos hacían obra patriótica al aumentar la población de la capital del Imperio, y advertía S. M. no se nombrara para acompañarle en sus viajes á este oficial, pues perdería un tiempo precioso y dejaría de ocuparse en labor tan agradable y productiva.

De algunas damas, decía que en sus pupilas podía leerse lo ardoroso de sus pasiones y que debían ser terribles para amar.

Una vez referí al Emperador el siguiente cuentecillo apropiado de uno de sus chambelanes.

La esposa de éste, era una de las mujeres más hermosas de la corte y ya Maximiliano había hecho merecidos elogios de la extraordinaria belleza de la dama.

Un día habiéndome encontrado al chambelán en una aventura amorosa, le dije:

— ¿Es posible que Ud, que posee una de las mujeres más bellas de México, ande en estas aventuras?

A lo que el chambelán aludido me contestó:

— Oiga Ud, amigo, contésteme con entera franqueza, Ud come todos los días manjares exquisitos en la mesa imperial y... qué ¿no se le antoja de cuando en cuando un almuerzo de platillos picantes nacionales, rociado con el blanco licor del país?

Esta anécdota de uno de sus más predilectos chambelanes hacía reír de muy buena gana al Emperador cuando yo se la recordaba. Una vez al regresar de uno de tantos viajes como hicimos á Cuernavaca, yo venía en una diligencia que ocupaban el coronel Feliciano Rodríguez, la señorita Varela, la esposa del chambelán á quien acabo de referirme y algunas otras personas más.

Por casualidad me tocó un asiento al lado de la hermosa señora.

La hora avanzada del día, el excesivo calor, el paso lento de la diligencia, pues íbamos subiendo una cuesta en pleno bosque de Huichilac, todo en fin, hizo que poco á poco nos fuera venciendo el sueño uno á uno á todos los pasajeros.

La dama de honor reclinó su cabeza en el hombro de la señorita Varela y yo, insensiblemente en el hombro de la bella dama.

Un brusco salto de la diligencia, hizo que todos despertáramos y al darnos cuenta de la posición en que nos encontrábamos, fuí el blanco de las burletas y de las bromas de los que en la diligencia venían.

No faltó quien relatara al Emperador lo acontecido y Maximiliano riendo decía que nadie había escogido mejor lugar que yo, y que podía apostar que, á pesar de que yo tenía los ojos cerrados, nunca había estado más despierto.

Había en la corte un conde muy gallardo y muy guapo, que no tardó mucho en prendarse locamente de la esposa de un coronel empleado también en Palacio.

Como sucede generalmente en estos casos, tan luego como la dama pretendida le correspondió, cometieron tales imprudencias que todo el mundo conocía la galante aventura, excepto el marido engañado. Los enamorados, salían juntos á caballo; él, visitaba con mucha asiduidad la casa de ella, y un día, que Maximiliano buscaba una fecha en el calendario, díjome al salir:

— No olvide Ud felicitar al coronel G.... el día 15 de septiembre porque ese día, es el de su santo.

Y salió muy serio de la pieza.

Cuando hubo salido, vi el calendario y me reí mucho al ver que el día citado celebra la Iglesia á San Cornelio.

Naturalmente ninguno de estos asuntos llegaba á oídos de la Emperatriz.

Concurría con mucha asiduidad á los bailes la familia del comisario imperial de Mazatlán, quien tenía una sobrina que en aquel entonces era mi prometida y fué más tarde mi esposa.

Encontrándome yo muy enamorado de ella, comuni-

qué al Emperador mi deseo de casarme, y asombrado entre bromas y veras me dijo :

— ¿Cómo! apenas tiene Ud veinte años y ya quiere casarse! ¿Es Ud todavía casi un niño y ya quiere tener esposa? no tenía Ud la culpa, sino yo que lo dejaba casar. Ya me imagino que querría Ud estar todo el día como los conejos; para tener á los treinta años diez hijos y entonces, adiós juicio, adiós trabajo y adiós levantarse á las cuatro de la mañana. Espere Ud unos ocho ó diez años y ya me encargaré de arreglarle su matrimonio.

Aquel incidente, no dejó también de ser motivo para que á la hora de la sobremesa fuera yo blanco de sus chispeantes bromas.

Habiendo llegado en esos días á México el Sr Vizconde de Soto Mayor, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Rey de Portugal en el Imperio mexicano, fué recibido con toda pompa en Palacio, el día 20 de julio.

Era portador el ministro de la gran cruz de las órdenes militares reunidas, para el Emperador, y de la gran cruz de las nobles damas de Santa Isabel para la Emperatriz.

El gran chambelán Don Javier Cervantes fué al alojamiento del ministro, en un elegante carruaje tirado por cuatro arrogantes caballos; y el Emperador rodeado de todo su séquito lo recibió en el gran salón de Embajadores, y después de los elocuentes discursos pronunciados, el ministro entregó en nombre del Rey de Portugal á Su

Majestad la insignia de oro y de piedras preciosas, que lo acreditaba gran cruz de la orden citada.

Pasó enseguida el ministro á otro salón donde se encontraba la Emperatriz rodeada de sus damas de honor, y con frase galana entregó en nombre de la Reina de Portugal á Su Majestad Carlota la gran cruz de damas nobles de Santa Isabel.

La Emperatriz contestó muy conmovida al ministro portugués.

En esa ocasión el Emperador concedió al referido ministro la cruz de comendador, y á su secretario la de oficial de la orden mexicana de Guadalupe; y habiéndole preguntado el ministro, qué personas creía que fueran dignas de ser agraciadas con una condecoración portuguesa, Maximiliano designó al ministro Don Luis Arroyo, al comandante Don Agustín Pradillo y á mí.

Poco tiempo después Pradillo y yo recibimos el nombramiento de caballeros de la orden portuguesa del Cristo y el ministro Arroyo, el de comendador de la misma orden.

Esa tarde se sirvió en palacio un gran banquete en honor del ministro de Portugal.

Como se hablara en la mesa de la habilidad de los charros mexicanos, manifestó el Emperador á su huésped que iba á organizar una fiesta netamente nacional, para que éste se diera cuenta de la habilidad á que se referían los comensales.

Efectivamente muy pocos días después se verificó en una llanura cercana al bosque de Chapultepec un colea-

dero, en el que no sólo tomaron parte los charros que los hacendados habían hecho venir de sus haciendas con el fin indicado, sino también el caballerizo mayor Feliciano Rodríguez y el Coronel Paulino Lamadrid, que como dije en uno de los primeros capítulos de este libro, eran muy hábiles en ese peligroso sport nacional.

Se dispuso para la fiesta, un vasto hipódromo, y una lujosa tribuna para los Soberanos, para el embajador portugués y para las personas del séquito imperial.

Á las nueve en punto de la mañana salió el Emperador del castillo, vestido de charro y montando su precioso caballo « Orispelo ». Todos los que le seguíamos, excepción hecha de los militares, íbamos también vestidos de charros y montando muy buenos caballos, en silla mexicana.

La Emperatriz, sus damas de honor y las señoras invitadas asistieron á este acto, en carruajes abiertos.

Habiendo llegado á la tribuna de honor, el ministro portugués ocupó el asiento que se encontraba á la derecha de Maximiliano. Amenizaban el espectáculo las brillantes bandas militares de los cuerpos austriacos y franceses.

Comenzó éste con el sport del lazo, que tan conocido es en México, y en el que se lucieron varios charros, y después siguió el coleadero; y como se encontraban presentes los Soberanos, todos hicieron proezas extraordinarias, especialmente el coronel Paulino Lamadrid, quien no contento con colear á caballo, como

lo hacían todos, derribó con sus hercúleos brazos varias veces á un toro, haciendo la suerte á pie.

A las doce que terminó el coleadero, se dió la señal para regresar al castillo, donde se sirvió un magnífico almuerzo, para los Soberanos, el embajador y los ministros en el interior del Castillo, y para los demás invitados en la galería cubierta, reinando en el almuerzo mucha alegría y mucha animación en esta mesa, pues no estando presentes SS. MM., no había las fórmulas ni la tirantez de la etiqueta.

Terminó el almuerzo á las tres de la tarde, hora en que el embajador, muy complacido, se retiró de Chapultepec.